

CAPITULO VI.

Una aventura peligrosa.

Mientras Porfirio estudiaba la carrera de Jurisprudencia, tuvo lugar un cambio completo de Gobierno. En 1851 había sido electo Presidente Mariano Arista y se vió obligado á renunciar su alto puesto en 1853. En el mes de Abril del mismo año Santa Ana fué electo Presidente de la República por una gran mayoría de votos. Aunque lanzó una proclama ofreciendo perdonar todas las ofensas políticas pasadas y se abrigan grandes esperanzas de que habían terminado las dificultades políticas del país; este sentimiento de seguridad de parte del público no fué de larga duración; pues pronto comenzó Santa Ana á mostrar desagradablemente su autoridad. Envanecido con motivo de la gran recepción que le hicieron al regresar al país después de su voluntario destierro, y con las muestras de simpatía que recibió de sus partidarios y amigos, quienes le manifestaban que él era el único hombre que podía salvar al país de la situación en que se encontraba; tomó, al efecto, la resolución de proclamarse dictador. Desde luego se afilió al partido reaccionario, con lo cual disgustó sobremanera á los liberales, entre quienes se encontraban muchos que le dieron la bienvenida. Como resultado natural, pronto estalló una revolución en todo el país, lo que obligó á Santa Ana á emprender una campaña dirigida especialmente contra los elementos liberales, pues consideraba á todos los miembros de este partido como sus enemigos y en tal virtud se propuso acabar con ellos.

Era costumbre darle al Presidente el título de excelencia, pero los conservadores, que comenzaron á ver en Santa Ana á su campeón contra los liberales, no les pareció suficiente este título y sugirieron que el de "Alteza Serenísima" sería más apropiado para

un hombre de tan relevante talento y tanta habilidad como gobernante. Tanto el ejército como sus partidarios lo proclamaron "Salvador de México" y hasta le dieron el grado de Capitán General, y no faltó quien propusiera que se le proclamara emperador.

Como es natural, todo esto desagradaba á los liberales, quienes eran, por lo menos en teoría, republicanos de corazón. Y por consiguiente, Santa Ana, con sus tendencias imperialistas, su amor al poder absoluto y á la adulación, era instintivamente antagonista á toda idea de verdadero republicanism.

Además, su carácter vengativo y su sistema de mantener al pueblo alejado de los asuntos políticos, contribuyeron á que se empeñara en una terrible campaña contra el elemento liberal del país, y si bien no tenía una causa fundada para ello, muy pronto la encontró. Accediendo al plan de Guadalajara que él mismo había inspirado, y á instancias de sus aduladores, dió un decreto el diez y seis de Diciembre de 1853 proclamando su dictadura por tiempo indefinido, lo cual causó gran excitación y una tormenta de protestas de parte de los liberales.

Antes de la promulgación de este decreto, Juárez había sido desterrado, el veintisiete del mes de Mayo, habiendo sido arrestado Marcos Pérez, profesor de Derecho en el Instituto de Oaxaca y buen amigo del estudiante de leyes Porfirio Díaz. El veintitrés de Octubre fué puesto en prisión en la torre del convento de Santo Domingo, acusado de promover y fomentar la revolución contra el Gobierno constituido. Había realmente datos fundados para la acusación, pues se había descubierto correspondencia escrita en clave que le enviaban los revolucionarios, y se había probado su conexión con los mismos.

Marcos Pérez era, como hemos dicho, amigo íntimo del joven Porfirio Díaz, estudiante de Jurisprudencia en el Instituto, y fué él quien sugirió al joven estudiante la idea de que se saliera del Seminario Pontificio y no siguiera la carrera del sacerdocio, sino que mejor se dedicara al estudio de la abogacía

en el Instituto de Ciencias. El carácter y aptitudes del muchacho agradaron mucho á Pérez, quien procuró ayudar á Porfirio durante sus estudios, dándole un puesto en su oficina como pasante de leyes. Llegó á tener mucho afecto por su discípulo, y éste retornó con creces las pruebas de amistad del abogado, como se verá más adelante.

Sucedió que Porfirio tuvo por esos días que cobrar la renta de la casa ocupada por el Coronel Pascual León, Agente del Ministerio Público, y á cuyo cargo estaba el asunto de Marcos Pérez y de otros conspiradores. Esta casa pertenecía al cura Francisco Pardo, que era tío de los muchachos Díaz. Con frecuencia sucedía que cuando iba Porfirio á cobrar la renta de la casa cada mes, permanecía por algún tiempo solo en la oficina del Coronel, quien no se preocupaba de matener bajo de llave los asuntos de importancia que tenía encomendados. En esta oportunidad á que nos referimos, tuvo Porfirio que esperar en la oficina al Coronel más tiempo aun que de costumbre, y para entretenerse, comenzó á hojear algunos papeles y documentos legales que estaban sobre una mesa. Dió la casualidad que entre estos papeles estaba la causa que se le seguía á Marcos Pérez por conspiración, y como Porfirio tenía gran interés porque su amigo saliera bien de tal acusación, se informó detalladamente del proceso con la idea de comunicar á Pérez los cargos que se le imputaban. Cuando hubo terminado la lectura, realizó la importancia de la información que por una feliz casualidad había llegado á sus manos; dicho documento manifestaba claramente y en detalle que el Gobierno era poseedor de los planes de los revolucionarios. Comprendió Díaz la urgente necesidad que había de que Pérez supiera las acusaciones que formulaban en su contra el Agente del Ministerio Público, para que así, cuando fuera interrogado, no admitiera bajo ningún concepto cargos que necesitaban de su confesión para que constituyeran prueba legal, y sobre todo, informarle de las declaraciones de los otros acusados ó de las confesio-



TIPOS DE INDIOS DEL ESTADO DE OAXACA.

nes que se les había obligado á hacer valiéndose de la intimidación.

El convento de Santo Domingo es, en su clase, uno de los más grandes del mundo: costó su fabricación \$13.000.000 en tiempos en que era relativamente barata la construcción de edificios. Dentro de este famoso convento había una prisión especial para los frailes conocida con el nombre de "La Torre Pequeña;" y era aquí donde se encontraba preso Marcos Pérez. Aunque las paredes de la torre eran muy anchas y de construcción muy sólida, el espacio que encerraban y que constituía la prisión era bastante reducido, pues sólo medía siete piés de ancho por diez de largo. Dicha prisión tenía una ventana colocada muy arriba del piso y que daba al patio de la sacristía de la iglesia, y una puerta que salía á un estrecho y bien cerrado corredor. De modo que la única manera de comunicarse con Pérez era por la ventana, la cual estaba á una altura de ochenta piés del patio, sin haber ninguna posibilidad de subir hasta allí por ser la pared completamente lisa.

Porfirio Díaz juzgó que era de imperiosa necesidad que se comunicara con Pérez y se resolvió á lograrlo á toda costa, no obstante los insuperables obstáculos que se presentaban, y procedió sin pérdida de tiempo á llevar á cabo su peligrosa empresa.

Afortunadamente después que Porfirio hizo aquel valioso hallazgo de los papeles de la causa de Pérez, las noches eran completamente oscuras, pues la luna estaba en conjunción en esos días; por lo cual se decidió á aprovechar esta circunstancia favorable esa misma noche para hablar con Pérez. Pero Porfirio necesitaba de un colaborador para que lo ayudara en esta peligrosa aventura, y escogió á su hermano Félix, que había sido siempre su constante compañero tanto en sus excursiones por todo el país como en el gimnasio que había establecido en su casa algunos años atrás. Félix con la mejor voluntad se comprometió á ayudar á su hermano, y los dos jóvenes hicieron el mismo día los preparativos indispensables para lle-

var á cabo su empresa. Se proveyeron de trajes oscuros para ser así menos visibles en la oscuridad de la noche, consiguieron una cuerda larga y fuerte, y llegada la hora se dirigieron al convento, el cual estaba en ese entonces rodeado por una cerca alta. Dentro había un huerto que estaba situado entre el convento y una pared de cerca de trece pies de altura. Los jóvenes pasaron sin dificultad estos primeros obstáculos, caminando con mucha cautela para evitar que los centinelas que suponían ellos que estaban guardando la prisión por fuera se apercibieran de su presencia, pero afortunadamente no había ninguno, por considerarse suficientemente alta la pared, á lo que se agregaba para mayor seguridad, los fuertes muros de la iglesia que se elevaban á una altura de 80 piés. Estos muros tenían una que otra proyección á lo largo de su altura, lo que fué de gran utilidad á los intrépidos aventureros.

La primera noche se introdujeron en el huerto, y lo exploraron para averiguar si se quedaban allí centinelas; y encontrando que no había ninguno, escalaron de nuevo el gran muro de piedra, y caminaron á lo largo de él protegidos por las sombras de la noche. De este modo llegaron al techo de la panadería del convento. Los panaderos estaban trabajando y al mismo tiempo silbaban y cantaban, de suerte que no había mucho peligro de que fueran oídos los atrevidos jóvenes. Siguieron su camino sobre el techo de la panadería hacia el de la cocina, el cual era considerablemente más alto, siendo el salto más grande que tenían que franquear. Para ello se aprovecharon del muro del jardín, el cual salvaba la mitad de la distancia. Como ya era media noche, los cocineros y asistentes, que dormían en la cocina, estaban ya descansando. Pasando de un edificio á otro llegaron á la parte más alta del techo de los varios edificios, los cuales eran como se comprenderá, un conjunto de construcciones unidas unas á otras. Para llegar á este lugar tuvieron varias veces que utilizar la cuerda que llevaban, la cual lanzaban sobre alguna pro-

yección donde quedaba asegurada, y Félix la sostenía de una punta mientras Porfirio ascendía; luego este último á su turno sostenía desde arriba la cuerda para que su hermano subiera. En algunos lugares en la que la altura no era muy grande, lograban subir parándose el uno en los hombros del otro.

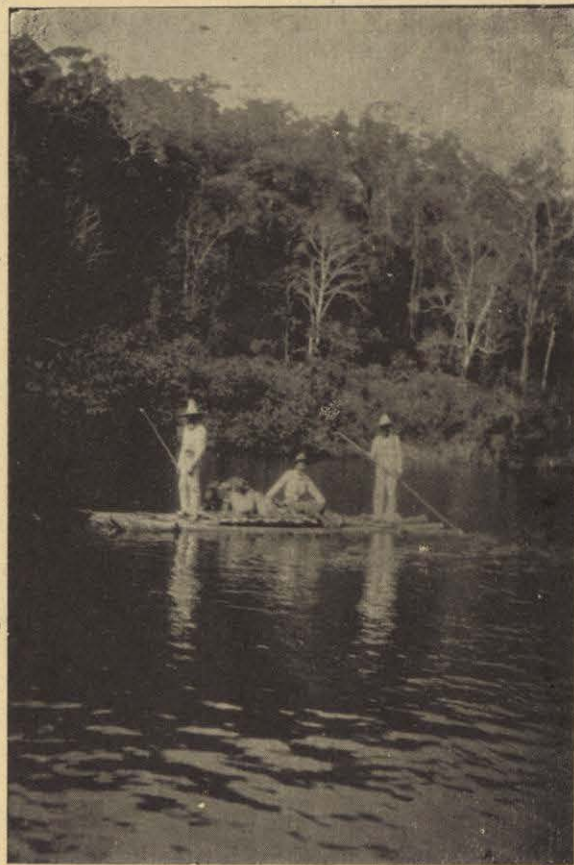
Prosiguieron su marcha por los techos procurando descubrir en el silencio y oscuridad de la noche el lugar donde estaban apostados los centinelas; daban unos pocos pasos y se detenían, y aún se acostaban en el techo para evitar ser vistos. Por fin llegaron los muchachos á la "Torrecilla," que servía de prisión á Marcos Pérez. Esta última parte del camino fué muy difícil por los muchos centinelas que habían por esa vecindad.

Todavía faltaba la parte más arriesgada de la aventura nocturna: no se podía llegar á la ventana de la torre sino por medio de una cuerda que colgara desde la parte más alta de la misma, que era donde se encontraban los jóvenes. Para lograrlo, uno de ellos asió fuertemente la cuerda, que estaba además asegurada en una de las proyecciones que allí habían, y el otro descendió con la destreza de un marinero hasta llegar á la ventana, donde pudo descansar los piés sobre el dintel y sujetarse de las barras de hierro de la misma, y así aliviar á su hermano del peso de su cuerpo, y también lograr mayor seguridad, pues se encontraba á una altura de setenta piés del patio.

Después de tanto peligro como al que se expusieron para llegar á la ventana, se encontraron con que estaba cerrada, y no hubo modo de comunicarse con Marcos Pérez esa noche. Pero los muchachos habían descubierto ya el modo de llegar á la torre, é informándose de los lugares donde estaban situados los centinelas, todo lo cual facilitaría grandemente su próxima excursión, que tuvo lugar el día siguiente. Después de esta noche volvieron tres distintas veces y en todas ellas consiguieron hablar con Pérez, pero no sin exponerse á gran peligro, pues la puerta de la torre que daba al corredor, estaba provista de un pos-

tigo á través del cual podía el centinela ver al prisionero. Este postigo estaba situado bastante bajo y la ventana por la cual Porfirio se comunicaba con Marcos Pérez estaba á considerable altura del piso de la prisión; por cuya razón el primero podía fácilmente ver cuando el centinela metía la cara en el postigo, y podía balancearse hacia un lado antes de que el último tuviera tiempo de verlo. Pero en esos momentos tenía que mantenerse suspendido en el aire á una altura vertiginosa sobre el patio, que estaba pavimentado de piedra. Por supuesto, como los medios de comunicación entre el centinela y el prisionero eran tan incómodos, á causa de estar el postigo tan bajo que el primero tenía que agacharse para poder ver á través de él, el tiempo que tenía Porfirio que mantenerse suspendido era generalmente corto. Pero mientras duraba, era bastante molesto, tanto para él como para su hermano, que tenía que sostener su peso desde arriba. Sin embargo, la posición relativa que guardaban la puerta y la ventana, distantes solamente unos pocos pies una de otra, hacía que la ventana estuviera prácticamente arriba de la puerta, aunque estaban en lados contiguos de la torre, y esta circunstancia hacía aún más difícil al centinela lograr una buena vista de la ventana, y disminuía en mucho el peligro de que Porfirio pudiera ser descubierto por aquél. Si las cosas no hubieran estado arregladas de este modo, su posición hubiera sido de lo más peligrosa, pues había estacionada en el corredor una guardia compuesta de cincuenta granaderos, los cuales hubieran podido ser llamados inmediatamente, y podían haber caído sobre los muchachos antes de que el uno hubiera podido enarbolar al otro al techo.

Esta aventura, emprendida con todo el entusiasmo juvenil de los dos muchachos, y en la cual se exponían á perder la vida por ayudar en su desgracia á su mejor amigo, da á conocer claramente el carácter de Porfirio Díaz y de su hermano Félix, quienes tanto en ésta como en otras ocasiones, probaron no cono-



CRUZANDO UN RÍO.

cer lo que es temor, pero al mismo tiempo manifestaron cautela, cuidado y estrategia; pues la aventura estuvo muy bien arreglada y ejecutada, y previendo los medios de que se tendrían que valer para escapar desde el techo del convento á la calle, en el caso desgraciado que hubieran sido descubiertos. Gracias á la información que Porfirio comunicó á Marcos Pérez, sus acusadores no pudieron probarle conclusivamente que había tomado parte en el plan revolucionario. Y es casi seguro que esto salvó la vida á Pérez, porque aunque el tribunal tenía la convicción de que él era uno de los promotores de la insurrección, que había ya principiado en el Estado de Oaxaca, no era suficiente la evidencia para condenarlo á pena de muerte como conspirador. Sin embargo, para estar seguro el Gobierno de que no tomaría parte en el movimiento revolucionario, lo envió á una prisión militar á Tehuacán.

La revolución continuó creciendo y la oposición de los liberales llegó á ser más pronunciada conforme Santa Ana mostraba mayores tendencias conservadoras y mayores deseos de ejercer el poder dictatorial. Corrió el rumor por todo el país de que el Presidente había determinado darse el título de emperador, y que para facilitar su proyecto había prometido conceder al partido de la Iglesia todo lo que pedía. Semejante cosa, por supuesto, significaba la destrucción completa del partido liberal, y como aseguraban estos últimos, la desaparición del sol de la libertad. Ocurrieron levantamientos en varias partes del país, y los jefes liberales que no eran suficientemente fuertes para sostenerse contra el Gobierno en los campos de batalla, se refugiaron en las montañas, de donde descendían con frecuencia á asolar las comarcas vecinas que reconocían la autoridad de Santa Ana.

CAPITULO VII.

Porfirio Díaz se une á los revolucionarios

Después de haber sido Santa Ana Presidente de la República en varias ocasiones, cuando se concluyó la guerra americana se ausentó del país en destierro voluntario por espacio de seis años. Durante este período el país se había matenido en el desórden acostumbrado y en luchas intestinas, debido á lo cual la situación se hacía casi insostenible. Parecía no encontrarse por ningún lado un hombre capaz para tomar el mando y asumir las responsabilidades de la situación y muchos comenzaron á pensar en el desterrado ex-presidente como el único hombre que podía hacer frente á tal estado de cosas. Los amigos de Santa Ana defendieron su causa con ardor, de tal modo que en las elecciones presidenciales que tuvieron lugar á principios del año de 1853 el voto popular lo favoreció con una mayoría inmensa.

Y así Santa Ana fué llamado para tomar posesión del alto cargo que la Nación le confiaba, y el 1° de Abril del mismo año desembarcó de regreso á su patria en el puerto de Veracruz.

Su gran popularidad se hizo muy manifiesta en todo el país, especialmente en las comarcas de la costa donde desembarcó y en la capital. Con su elección sentían los ciudadanos respirar un ambiente de libertad, y tenían esperanzas de que el hombre que había tomado las riendas del poder traería á México la paz y el adelanto. Fueron olvidados sus errores y desatinos de su pasada administración, y sólo se manifestaban las mayores esperanzas de que su gobierno sería próspero y feliz para la nación entera: todos se encontraban dispuestos á gozar de la deseada tranquilidad y dedicarse á sus negocios y ocupaciones sin temor de que volvieran otra vez los disturbios políticos. Por todos lados se veía la mejor voluntad para

apoyar al Presidente Santa Ana; el pueblo le dió la más calurosa bienvenida, habiendo sido recibido y aclamado como un general romano victorioso al llegar á la capital de los dominios latinos. El pueblo olvidó todas sus faltas, olvidó su orgullo, sus extravagancias, su discipación, el derroche de los fondos del erario, su descuido en hacer cumplir las leyes fundamentales de la República y finalmente su egoísmo supremo. Todo el mundo anhelaba la paz, porque sólo así podía recobrase el país de la penosa situación financiera porque atravesaba. El completo estado de anarquía, producido por las inacabables contiendas civiles, tenía cansado al pueblo, por lo cual todos deseaban que volviera á entrar la nación á una era de progreso, paz y prosperidad, y era lo que esperaba de la elección del nuevo Presidente.

Si Santa Ana hubiera sido un Porfirio Díaz, se habría aprovechado de estas magníficas oportunidades que se le presentaron para engrandecer el país; pero ésto no se logró sino hasta un cuarto de siglo más tarde, porque Santa Ana no era sino un verdadero actor; su carrera tenía mucho de cómico: era hombre de carácter vano y superficial, amante de la ostentación y poseído de tanto egoísmo que no era posible que pudiera llegar á ser un verdadero patriota, capaz de sacrificarse por el bien de su país, que era lo que México necesitaba urgentemente en las difíciles circunstancias porque atravesaba. Necesitaba la nación de una mano firme é inflexible en promover los intereses de la paz á toda costa. Para lograr ésto será indispensable tener á la cabeza de la nación á un hombre de criterio amplio que pudiera mantenerse muy por encima de la tormenta de pequeñeces y prejuicios que lo rodeaban; que pudiera conciliar las facciones opuestas, que pudiera hacer amigos de los hombres más distinguidos de todos los partidos, y finalmente, que pudiera hacer surgir el orden del caos é inspirar confianza en la habilidad de la administración para cumplir su misión verdadera y defender la justicia y la equidad con manifiesto patriotismo.

No era hombre Santa Ana para semejante tarea.

No obstante haber prometido cuando entró á la capital, que serían olvidadas todas las ofensas políticas anteriores y que trabajaría con todo empeño por el bien del país, apenas se vió instalado como Presidente cuando comenzó á manifestar su desordenada ambición por el poder autocrático. Aunque fué electo para Presidente de la República y para trabajar por el bien de todos sus ciudadanos sin distinción de credos religiosos y políticos, se declaró en favor del partido conservador, cuya política tendía á la concentración del poder en la capital. Este paso dado por Santa Ana vino como consecuencia de su desordenada ambición y de las alabanzas de los aduladores. Pronto comenzó á considerarse á sí mismo como el salvador del país, á fuerza de oírlo repetir en el círculo de partidarios que lo rodeaba. Asumió el título de "Alteza Serenísima" y con el título el poder absoluto como dictador; y para poder sostenerse en esta posición, lanzó una proclama ordenando que el ejército fuera aumentado á 91,500 hombres, de los cuales 20,500 formarían las tropas regulares y el resto la milicia. El plan era incluir en la milicia todos los regimientos de los Estados, los cuales, de este modo caerían bajo el control directo de la autoridad central. Esto daría al Presidente la dirección é inspección del ejército en toda la República. Este plan hubiera sido de excelentes resultados si las intenciones del Presidente hubieran sido las de cimentar la paz, prosperidad y progreso de la nación. Pero la intriga y el desacierto nacieron con la misma constitución de Santa Ana y mientras se creía que trabajaba por el bien y adelanto de su patria, su principal idea no era otra sino la de proclamarse dictador absoluto, siendo á este fin á lo que tendían todos sus esfuerzos. Dispuso á su capricho de las autoridades municipales donde quiera que pudo hacerlo, lo que sucedía siempre en las pequeñas villas y poblaciones; y nombró para estos cargos á personas de su entera confianza, y de quienes tenía completa seguridad de que le eran



México Tropical.

adictos. El que deseaba un nombramiento de esta naturaleza ó para cualquier otro empleo público, debía manifestar su completa adhesión á la causa del Presidente. Por lo general, el gobierno que estableció fué de carácter militar, pues tanto los gobernadores de los Estados como los jefes inferiores en autoridad política, eran escogidos entre el elemento militar, el cual siempre había sido más ó menos adicto á Santa Ana, aun durante el tiempo en que éste estuvo en el destierro.

La orden de concentración en el mando de las milicias abrió un ancho campo para empleos, los que fueron dados por el Presidente como un obsequio á sus partidarios y amigos en toda la República, quedando por lo tanto más asegurada su estabilidad en la presidencia. Esta combinación en otras manos hubiera sido de resultados excelentes, pues hubiera asegurado la paz y así evitado la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Pero no era él hombre que poseyera suficiente criterio para poder abarcar las posibilidades que tenía delante, y reunir en un todo homogéneo y útil los poderosos elementos de las varias facciones é intereses encontrados que habían mantenido á México en una agitación continua de levantamientos políticos y anarquía civil durante tantos años. Insistía él en que se tratara tanto á su persona como al alto puesto que ocupaba con la mayor deferencia, y exigía obediencia ciega á su menor mandato ó deseo. Su conducta altanera y su menosprecio á las leyes y á la constitución, lo mismo que el acto de haber asumido poderes dictatoriales, dieron origen á innumerables enemigos de su administración, que no descansarían sino hasta hacerla desaparecer.

El diez y seis de Diciembre de 1853 Santa Ana se confirió á sí mismo el título de "Alteza Serenísima," y bajo pretexto que existían desórdenes políticos en la República y de la necesidad en que se veía el gobierno de reconcentrar las fuerzas de la nación en manos de un hombre enérgico, prolongó indefinidamente

te el carácter de dictador con que él mismo se había investido.

Entonces los liberales, que se encontraban enteramente excluidos de la administración, se levantaron contra Santa Ana acusándolo de que intentaba proclamarse emperador, que estaba asegurando á los conservadores en el poder á expensas de los liberales, y que sobre todo, había hecho caso omiso de las leyes fundamentales de la República, proclamándose dictador contra los deseos de todo el pueblo. Como consecuencia de ésto, pronto comenzaron los levantamientos contra su gobierno por todas parte del país.

En el mes de Febrero el General Alvarez, que después llegó á ser Presidente, levantó el estandarte de la revolución en el sur, y el 1° de Marzo fué lanzada la famosa proclama de Ayutla en el Estado de Guerrero; siendo sus cláusulas principales, la destitución del dictador, la convocación á un congreso para formar una nueva constitución y el nombramiento de los representantes para dicho congreso, por elección popular.

La idea revolucionaria cundió rápidamente por los Estados de Oaxaca y Guerrero, y el once del mismo mes, la guarnición de Acapulco se pronunció en favor del plan de Ayutla, al mando del Coronel Ignacio Comonfort, que había sido colector de la Aduana de ese puerto. Dicho Coronel fué uno de los que fueron destituídos por Santa Ana, para dar empleo á sus amigos y partidarios.

Como la revolución había tomado gran incremento, Santa Ana se vió obligado á ponerse en campaña, y á la cabeza de 7,000 hombres se dirigió hacia el foco principal de los revoltosos en el Estado de Guerrero. En el trayecto de su marcha á Acapulco obtuvo algunas victorias y finalmente puso sitio á la ciudad y puerto; pero se vió obligado á retirarse sin haber tomado dicho lugar. Sin embargo, el éxito que había tenido en lo general, influyó para impedir que se extendiera el movimiento revolucionario hacia el norte y el este del país.

Con el fin de calmar el sentimiento general que había contra la dictadura, emitió una proclama convocando al pueblo para nuevas elecciones presidenciales, para que así la mayoría decidiera si debía quedarse él en el puesto ó dejar á otro ocupar la presidencia de la República. Tuvieron efecto las elecciones, y aunque el dictador quiso mostrar su imparcialidad ostensiblemente, las personas designadas para recibir los votos eran sus amigos y partidarios, y bajo el pretexto de que hubiera orden en las votaciones, puso guardias en todas las mesas electorales á efecto de atemorizar á los que pretendieran votar en su contra. El resultado fué como se esperaba: Santa Ana tuvo completa mayoría de votos; pero en esta ocasión en vez de agradar al pueblo dicho triunfo, se manifestó entre la generalidad de la gente gran efervescencia en los ánimos y se comprendió que no podía esperarse otra cosa sino doblez de parte de Santa Ana.

Fué durante este período de la reelección de Santa Ana que apareció Porfirio Díaz en el horizonte político de México, del cual no se ha apartado desde entonces.

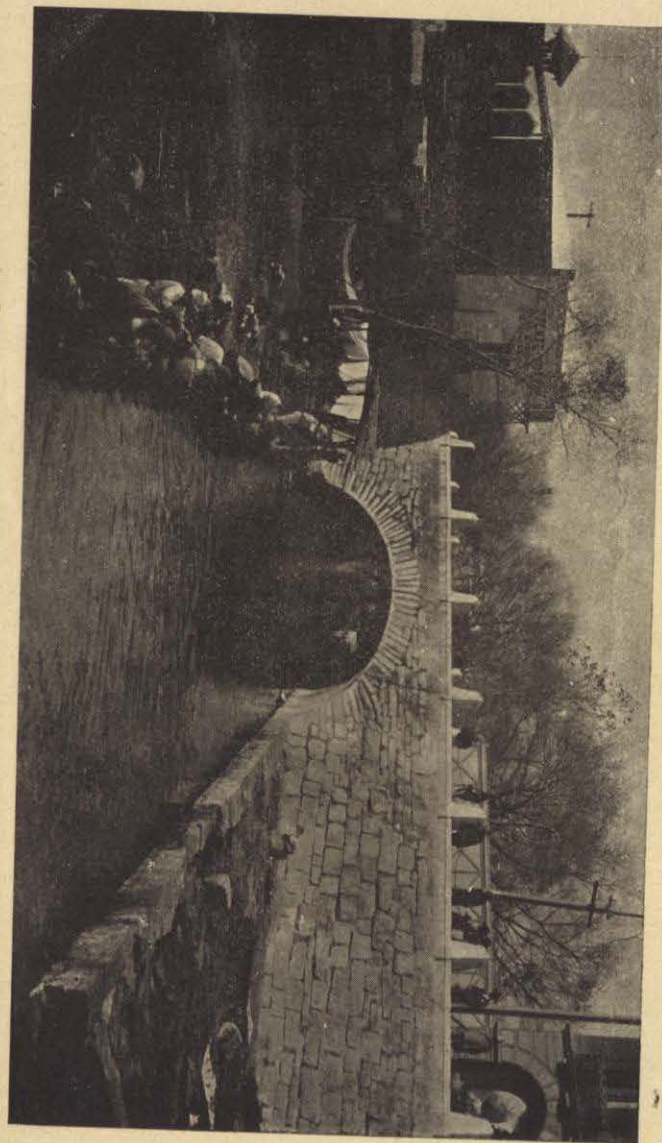
En Oaxaca como en otros lugares de la República, dió orden Santa Ana que los votos deberían ser recibidos por las autoridades locales, cuya presencia solamente era suficiente para impedir que se votara contra el partido imperante. Pero Santa Ana no se confiaba tan sólo en estas medidas, sino que dió instrucciones secretas por medio del Ministro del Interior á todos los Gobernadores de los Estados, para que éstos hicieran toda clase de esfuerzos á efecto de que triunfara la reelección. Como el sistema de votar consistía en escribir el nombre del votante en un libro á presencia de los exscrutinadores, era casi imposible que nadie se quisiera exponer á dar su voto contra el Presidente que estaba en el poder.

El 1° de Diciembre de 1854, día de las elecciones, Porfirio Díaz que hacía poco se había recibido de abogado, se dirigió al Palacio del Estado por pura curiosidad, y ver cómo se efectuaba la elección. Como

no era partidario de Santa Ana ni del partido que representaba, no llevaba la menor intención de votar. Conocía bien que no sólo era inútil, sino que era peligroso votar por un candidato de oposición. Como es natural, no deseaba sacrificar su posición en la sociedad, ni sus negocios, poniéndose en oposición con las autoridades políticas de Oaxaca, sin que de ello resultara ventaja alguna.

Pero no le fué posible permanecer ahí largo tiempo como espectador indiferente, pues de acuerdo con las instrucciones del gobierno de Santa Ana, Serapio Maldonado, en su calidad de autoridad del barrio en el cual Porfirio vivía, anunció en el colegio electoral que estaba autorizado por todos los habitantes del barrio para votar por el General López de Santa Ana para la presidencia de la República. Díaz inmediatamente protestó contra este acto, insistiendo en que no se inscribiera su voto, pues no deseaba ejercer su derecho de elector. No se hizo particular objeción á esto y el nombre de Porfirio fué borrado de la lista.

Más tarde llegaron los profesores y directores del Instituto Científico donde Porfirio había terminado su educación y todos en conjunto votaron por Santa Ana. El profesor Francisco Enciso, quien ocupaba en el Instituto la cátedra de Derecho Civil, preguntó á Porfirio si pensaba él votar, á lo que contestó éste que no deseaba hacerlo. Entónces Enciso dijo "que la gente que se abstiene de votar es únicamente por miedo." Era una indirecta á Porfirio, como tratándolo de cobarde, y ésto, á pesar de su temperamento naturalmente calmado, lo irritó vivamente. Porfirio olvidó en estos momentos las consecuencias que le podrían sobrevenir, tanto en lo que concernía á su persona como á sus negocios, y en un acto de violencia, empujando á través de la multitud que llenaba el colegio electoral, se aproximó á la mesa donde estaban sentados los exscrutinadores, abrió el registro de oposición y firmó su nombre en favor del General Juan Alvarez, Jefe de los revolucionarios en contra del Gobierno de Santa Ana.



LA VADEROS PÓBLICOS.

La manera de tomar los votos era la siguiente: había dos registros para la votación, el uno para los votos de Santa Ana y el otro para los del candidato de oposición. Así pues, no sólo no había el menor secreto en la votación, sino que estaba de tal modo arreglado el asunto, que el elector que votara contra Santa Ana era descubierto en el acto, y miradas de irrisión eran dirigidas hacia el votante.

Como Porfirio firmó en favor del jefe revolucionario, el General Martínez Pinillos le previno que hasta ese momento nadie había votado contra Santa Ana.

“Entonces, tengo el honor de ser el primero,” dijo Porfirio á tiempo que firmaba su nombre.

Esa firma fué significativa en la vida del futuro gran caudillo militar, presidente de la República y reformador político social. Grande fué la sorpresa que causó entre los que estaban presentes, el acto de valor del joven abogado al dar su voto por el candidato de la oposición. Había arrojado el guante de desafío á los pies del mismo dictador. Pero si bien se encontraban allí los representantes de las autoridades constituídas en toda su fuerza y podían hacer lo que se les antojara, no supieron de momento exactamente qué determinación tomar, por haber sido la acción de Porfirio tan inesperada y tan fuera de lo común. Y si bien el estallido de la bomba que había arrojado en el colegio electoral, había creado confusión é inacción de pronto, era seguro que la provocación no quedaría mucho tiempo sin respuesta. Por lo cual, los amigos de Porfirio le aconsejaron salir del salón inmediatamente. Y así, mientras aún duraba la excitación, salió del edificio sin que nadie lo molestara; tan sólo quizá sintiendo en su interior el haber obrado tan festinadamente; aunque él no podía comprender en ese momento la vasta significación que ese mismo acto tendría en el curso de su vida futura.